

ct

# Sueñan los peces con huelgas generales

de  
Benjamín Jiménez de la Hoz

*(fragmentos)*

## LAS VENTAJAS DE UN AEROPUERTO SIN AVIONES

Un aeropuerto sin aviones, sin salidas ni llegadas, sin chóferes esperando con un cartelito con un nombre escrito, sin turistas ni arcos de seguridad, aunque pudiera parecer a simple vista, no se puede negar, un fracaso absoluto y el mayor símbolo de despilfarro y de decadencia propio a los tiempos que nos ha tocado vivir, donde al parecer lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de aparecer, ni se le espera, repito, aunque, y no se puede negar, parezca todo eso y más, un aeropuerto vacío es lo mejor que le puede pasar a una ciudad.

Sin contar con el tema ecológico, pues un aeropuerto vacío no contamina, eso es obvio. Y con la mano de obra rauda y presta para otro proyecto, un aeropuerto vacío es la muestra viviente de que todo es posible en este mundo. Y que si uno sueña con fuerza y con ilusión, y no se rinde y persevera, el universo conspira contigo. Es la prueba más límpida de que en estos tiempos nada se escapa de la voluntad humana. Esperar a tener aviones para hacer un aeropuerto es, empresarial y espiritualmente hablando, un atraso y vivir con el freno de mano echado. Haz un aeropuerto y si has trabajado duro y con perseverancia, ya vendrán los aviones. ¿No se posan acaso las aves en sus migraciones en los campos verdes y estos no tienen la mano de un ingeniero detrás? El mundo es maravilloso.

Y se lanzan al mundo.  
Con su hambre y su miseria.  
No entienden de belleza.  
Miran el océano y no entienden la belleza.  
Dicen que Machado murió mirando al mar.  
Este sol de nuestra infancia.  
Morir de tristeza.  
Y los negros prefieren morir en el mar.  
Morirse en el mar puede ser bello.  
Pero ellos no lo entienden. No entienden la belleza.  
Son tozudos.  
Todos juntos, apretados, temblando.  
¿Qué sol hay bajo el mar?  
¿Qué cielo azul?  
No entienden nada.  
¿Qué poema se puede escribir con los pulmones encharcados de sal?  
Y se empeñan en aparecer en la orilla.  
Una invasión de muertos.  
70 años de paz.  
Y se empeñan en traer los muertos.  
Sin pantallas.  
Nosotros que ya nos acostumbramos a verlos solo en fotografías en blanco y negro.  
Una marea de muertos.  
Una marea de carne muerta.  
Al ritmo de las mareas.  
Al ritmo del oleaje.  
Al ritmo de la naturaleza.  
Qué primitivos.  
Una marea de muertos a merced de la naturaleza.  
Kilos y kilos de carne muerta.  
Cuerpos amontonados unos encima de otros.  
Hasta que no se pueda ver el sol.  
¿Qué será de nuestra infancia?  
¿Qué será de nuestra infancia?  
¿Qué será de nuestros poetas?  
Como si no hubiéramos tenido suficientes muertos aquí.  
Como si no hubiéramos hecho todo lo posible para alejar todos esos muertos, para no verlos.  
Pero los negros no entienden los mapas.  
No entienden dónde hay que morir.  
500 años y aún hay que golpearlos para que entiendan.  
Para que agachen la cabeza.  
Tienen la cabeza dura estos negros.  
Una invasión de cadáveres.  
Una invasión de tumbas sin nombre.

Joder, alguien tiene que pagar y lo más fácil es mirar hacia abajo.

Dejar caer la mano de arriba abajo, dejar caer el peso de la bota sobre la cabeza de otro, arrojarse desde el balcón. Siempre ha sido más fácil la gravedad: 9,8 metros por segundo al cuadrado.

Y ese hijodeputa puede ser tu compañero de trabajo, el portero suplente de tu equipo de fútbol siete, el profesor de zumba, tu hermano. Ese hijodeputa puedes ser tú.

HI-JO-DE-PU-TA. Ese puedes ser tú. Hazte a la idea.

42.000 muertos al año en Brasil, 33.000 en los USA, unos 93 al día. Cada día hay un Bataclan en los barrios de los pobres, diez Charlie Hebdo cada día.

Es muy fácil matar.

Lo duro debe ser morir.

Zona de guerra cotidiana en el plano de metro de una ciudad.

Cualquier desgraciado se acerca al centro comercial y comienza a disparar al azar.

Pum.

Pum.

Pum.

Al vendedor de perritos, al hombre que iba a sacarse el pene y masturbarse en el baño de mujeres, unos adolescentes consumiendo su juventud a la vez que el hachis, alguien comprando un regalo de última hora, una pareja que duda si ir al Domino's o al buffet japonés. Una ráfaga y duda resuelta.

El guardia de seguridad, la chica de las palomitas simpática que odia tener que estar sonriendo para gilipollas como tú.

O tú. O yo. En la cola del cine de esa película que vas porque todo el mundo va, el cumpleaños de un sobrino.

Porque tú odias los centros comerciales, los centros comerciales son esos no lugares a los que tú no vas, porque tú estás por encima de eso, la meca del capitalismo gore, los zombis.

Y ahí estás tú, sangrando por culpa de una bala impersonal, tú, que no vas a esos sitios y vas a dejar un cadáver rebotando en la escalera mecánica, asesinado banalmente, plan-plam, rebotando en la escalera mecánica con la bolsa del Zara, plan-plam, plan-plam, plan-plam.

Olor a pólvora y a nube de algodón.

Si al menos hubiera sido un comando suicida de la Yihad. Entonces ese plan-plam se convierte en el sonido de la democracia, de la libertad, de una bandera en el perfil de Facebook, Pray for, Je suis.

Es un win-win. Ellos con sus 21 vírgenes, yo con mi medalla y mi funeral de Estado.

Plan-plam, plan-plam, la maldita escalera mecánica y el presentador hablando de no sé qué loco, desequilibrado, que si eran jugadores de rol, que si no tenían amigos, un gran "no era de los nuestros".

Es como si ya no pudiésemos aguantar más mierda y tuviéramos que echarle una palada encima. El 'hijoputa' que tenía a sus hijas encerradas y a las que violaba que ayer contaba unos chistes graciosísimos sobre tías con tetas grandes. El que secuestraba niñas te ayudó en la mudanza.

E intentamos comprender. Comprender cómo es que es uno de los nuestros. Comprender como el que toma un somnífero.

Europa es una gran bola de comprensión y cinismo.

Si en un lugar recóndito del mundo se masacran hasta más no poder con una conciencia metódica y una crueldad al detalle, enseguida saldrá alguien a advertir que somos nosotros quienes les vendemos las armas.

Pero si un cartel se dedica a colgar a gente de los puentes y a inundar de cocaína las ciudades del Primer Mundo, es que nosotros la compramos. Sin clientes blancos no habría carteles latinos colgando a gente en los puentes.

Es como si no quisiésemos aceptar que hemos llenado el mundo con nuestra mierda y han crecido cabrones por todos lados, como si necesitásemos al buen salvaje como esperanza.

Refugees Welcome en el balcón del ayuntamiento para que lo vea el mantero mientras huye de los policías municipales. Quizás le reviente el corazón en una carrera huyendo de esos policías. Ese mantero que quizá tiró a cuatro tipos por la borda del cayuco en el Mediterráneo.